

María Teresa Calderón y Clément Thibaud, *La majestad de los pueblos en la Nueva Granada y Venezuela, 1780–1832* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia/IFEA, Taurus, 2010), 314 p.

En una edición cuidadosa, en un volumen bien diseñado –desde su portada– y con un prólogo del historiador español José María Portillo –quien presenta de manera clara las características y propósitos más generales del texto–, aparece este libro, producto de un riguroso trabajo de investigación y de una asimilación cuidadosa de la más reciente historiografía anglo-francesa (aunque recuerdo alguna cita o referencia en alemán) en el campo del análisis político y cultural.

Como lo señala Portillo, el libro es un esfuerzo por romper con la perspectiva nacionalista en el análisis del proceso de Independencia. Aquí perspectiva nacionalista quiere decir de manera básica aquella que, en silencio o con ruido, declara el "carácter nacional" de los eventos por considerar, inventando la historia de unos países antes de su existencia, como si las realidades político territoriales (los países) que conocerá el siglo XIX tuvieran una existencia anterior, encontrando además en la sociedad colonial de finales del siglo XVIII los resortes que impulsaron el movimiento independentista, a la manera de "antecedentes" –la "conciencia criolla–, que en realidad son creados por los propios analistas.

Por fuera de lo anterior, y sin dejar de lado el carácter concreto del análisis que el libro presenta, Portilla recuerda que los autores entran también en contienda con las interpretaciones habituales de ese proceso de modernidad que se abre paso de manera abierta en las "sociedades occidentales" a partir del giro revolucionario y cuyo modelo central sería el de las sociedades europeas –básicamente el modelo francés–.

Si uno quisiera hacer una agrupación un poco esquemática de las obras que en Colombia se publicaron con motivo del Bicentenario de la Independencia podría decir que se trató, con muy pocas excepciones, por una parte de obras monográficas, muy documentadas, pero sin mayor horizonte interpretativo; y por otra parte de textos ideológicos "contra o a favor" [sic] de la Independencia, bajo la forma de ensayos polémicos más bien improvisados; y finalmente, lo más destacado: una rica colección de documentos, casi siempre constitucionales, que en el futuro serán una ayuda mayor para los investigadores.

Si las cosas fueron así, no hay duda de que el libro de Calderón y Thibaud que reseñamos no solo debe ser puesto en el lugar de las pocas obras importantes que se publicaron, sino poner de presente que se trata de un trabajo de *otra naturaleza*, no solo por la riqueza de sus fuentes y por la renovadora interpretación que los autores presentan, sino sobre todo porque es un *libro informado, culto*, abierto a muchas formas nuevas de pensar los procesos de modernidad e independencias e inscrito en una reflexión historiográfica poco común en Colombia. Hay que agregar además, y creo que es lo más importante, que se trata de un libro que es capaz de crear una serie de preguntas nuevas respecto del contenido mismo del proceso, bajo la forma de un interrogante mayor: el lugar de la herencia monárquica, del pensamiento político de la monarquía, en la elaboración de la moderna noción de soberanía.

Copiendo el título de un conocido libro sobre estos temas, aunque perteneciente a otra área cultural de Hispanoamérica, podríamos decir que el gran tema de este libro es el del período inicial de la *invención de la política* en Colombia y en Venezuela, en los años inmediatamente posteriores a 1808. Los autores insisten en un hecho al parecer obvio, pero casi siempre olvidado o subvalorado: que la *política moderna* —representación, ciudadanía, soberanía, elecciones, trisección de los poderes, función pública, nueva organización territorial, considerada bajo el aspecto político, etc.— *no vino al mundo ya hecha y constituida*, enfatizando además, que no había un camino regio previo que condujera a una única forma de invención de ese fenómeno absolutamente original que se llama la *política en las sociedades modernas*.

Pero por el mismo hecho de que la política moderna es un fenómeno inédito, que había que inventar, la sociedad y los hombres de letras arrastrados al torrente de la política y la revolución, no tenían otro camino que el de acudir a la memoria, al pasado, a la forma conocida de la política en la vieja sociedad en la que habían

vivido. Ese es el sentido más preciso del título del libro: *La majestad* –un atributo construido en las sociedades de Antiguo Régimen, aunque con antecedentes romanos desde luego– es uno de los recursos iniciales a los que se debe acudir para pensar un fenómeno que es por completo de otra naturaleza: la *soberanía popular* –y poco más tarde la *ley*, como expresión de la voluntad popular–, es decir la base misma de la idea de representación política, el centro de lo que se designa como "el imaginario de la democracia". Se trata de uno de los caminos, como lo indican los autores, de edificación del nuevo sujeto de la soberanía, "una manera inédita de representarlo [...] a partir de una tradición marcada a la vez por la legitimidad religiosa y por la noción de incorporación", es decir de fusión y asimilación de elementos de orígenes diversos.

Ese tránsito debería conducir (por un camino lleno de tropiezos) no a una simple transferencia de soberanía, sino a la definición de una "potencia pública", modificada de manera radical "en su naturaleza y en su forma". El problema central, estudiado con todo detalle en este trabajo, es el que se relaciona con un hecho que a veces se olvida que la institución de la sociedad como auto/creación renovada no tenía antecedentes, que no había idea previa ni modelo previo del asunto, que una combinación de circunstancias históricas inéditas, bañadas en la cultura de la tradición política monárquica, en su elemento religioso (un elemento estructural en ese tipo de formas de imaginación del vínculo social) y en la propia osadía y riesgo de aventura de los "nuevos políticos", terminó produciendo realidades nuevas, que conforman rasgos precisos diferenciales –la historia de un país y en este caso de dos–, lo que no choca con su localización en un mapa mayor de condiciones generales, que son sus grandes condicionantes estructurales, pero que no anulan su singularidad, es decir, su carácter de acontecimiento.

Un hecho esencial del análisis que nos presentan los autores –más allá de la discrepancia sobre éste o aquel punto particular– es el que tiene que ver con el *acontecimiento*: sin actores sociales movilizados, sin ejercicios de voluntad, sin riesgos y azares, no existe la política, sobre todo cuando se la considera en términos de cambios radicales y de coyunturas breves, pero que constituyen un *tempo forte* de la acción social. El libro pues recuerda la importancia del análisis de corto plazo y la consideración del acontecimiento como un tipo de materia particular en el análisis del historiador, un tipo de elemento caracterizado por una *forma singular de irrupción*, que no descuenta la presencia de elementos condicionantes, sino que muestra cómo

tales elementos nuevos se alejan del orden de la repetición y se inscriben en el campo de la diferencia, acentuando, en esos momentos, lo que se designa como *discontinuidad*, un fenómeno que no constituye una ley, sino una forma histórica producto de las circunstancias.

Para descanso de muchos de nosotros, qué alivio la lectura de este libro que nos aleja de las playas conocidas de la "Patria Boba", que nos rescata del federalismo explicado por envidias regionales o por identidades previamente constituidas, que nos salva de las más triviales "psicologías históricas", combinadas con los inevitables elementos de conspiración, tal como se acostumbran en el tradicional análisis histórico. El libro en cambio nos conduce a descubrir hechos como la fuerza del primer periodismo político moderno, tal como quedó consignado por ejemplo en *La Bagatela*, al tiempo que nos muestra la rapidez y profundidad de la inmersión en la política moderna de personajes como Antonio Nariño, quien parece haberse hecho muy temprano a una idea del carácter fundador e inédito de los acontecimientos en que participaba y ayudaba a crear.

Se agrega además —y es un rasgo compartido con los pocos trabajos de interés que produjo el Bicentenario— el llamado de atención sobre la importancia y la originalidad del primer constitucionalismo colombiano, ese gran depósito de fuerza y pasión democráticas, que por el camino ha terminado siendo presentado como un lastre y como una herencia desecharable de la que habría que desprenderse, como cuando se habla con desprecio del "santanderismo colombiano". Habría que preguntarse, a comienzos del siglo XXI, cuando la sociedad colombiana se descubre extraviada en los caminos del "todo es válido" y cuando el pasar por encima de la ley ha terminado convertido en un hecho diario desde las propias esferas de dirección del país, qué fue de esa extraviada tradición constitucional y legal, que es un elemento tan importante de la nueva cultura política colombiana en la primera mitad del siglo XIX.

El libro es en general una apretada síntesis de una serie de eventos y acontecimientos a través de los cuales se van abriendo paso —en medio de alguna amenaza de disolución— las definiciones básicas de una organización republicana, y un estudio de la manera en que las herencias intelectuales e ideológicas, el pasado y el presente, se juntan, se refunden, se diferencian, se entrelazan, hasta ir encontrando, en el marco mismo del acontecimiento y del lenguaje que lo funda, la forma de una historia propia, que será decisiva para el curso de la vida política de los colombianos.

Tal vez la mayor crítica que se puede hacer a este buen libro tiene que ver con el carácter ultra detallado de sus propias descripciones. Los historiadores siempre describen —por fortuna— y sólo la tontería profesional ha sido capaz de crear ese curioso hábito docente de decirles a los estudiantes, con apariencia sabia: “¡Eso es descriptivo!”, cuando se evalúan sus trabajos. El problema pues no es el de describir, sino el de dominar ese *difícil arte*. Posiblemente son los antropólogos quienes más han avanzado en este terreno en años recientes, al revelarse contra lo que llaman el “etnografismo”, es decir al hacer la crítica de cierto tipo de descripciones que son tan “ricas en el detalle” que terminan aplastando el propio problema que se trata de estudiar. Me parece que en buena parte de las páginas de este libro se presentan y describen los hechos de una manera que cada uno de los árboles descritos impide una vista general del bosque, y el lector ya no sabe exactamente cuál es el problema que se está discutiendo y sobre todo *cuál es su significado* del proceso que se está estudiando. Me parece que esto tiene que ver con la propia forma como los autores, presos de sus marcos de interpretación, se definen frente a las virtudes de la tradicional historia social, que parecen considerar de manera muy distante.

Hay así mismo, en muchos puntos de la demostración que intentan Calderón y Thibaud un exceso de información bibliográfica y de búsqueda de antecedentes de algunas de las nociones con las que trabajan, lo que junto a la crítica anteriormente esbozada, le da al libro un cierto desequilibrio: el descriptivismo hace que el libro termine siendo a su manera una monografía demasiado puntual, que a veces se pierde en sus detalles; pero la recurrencia sistemática a obras, autores y antecedentes, y las remisiones a contextos de ideas no siempre necesarios, haría pensar en una obra mayor, de mucho más alcance, en términos tanto de su cronología, como de su objeto. Desde luego que los dos defectos son el precio de una virtud: el hecho de que *La majestad de los pueblos...* es un producto riguroso de investigación, pero todavía muy deudor de formas de escritura que alejan a los lectores no académicos del tema, un tema que sería de mucho interés y actualidad, si lograra otra forma de presentación, sin que ello signifique ninguna concesión a las formas fáciles de divulgación o a la historia *light*, tan popular en Colombia.

Hay otras cosas menores que se pueden objetar al texto. De una parte, parece que las críticas, en general justas, hechas a la idea liberal y etnocentrista de modernidad, están construidas sobre un terreno frágil. De un lado porque en su mayor parte

se trata de críticas conocidas. De otro lado porque regularmente se olvida el nivel en el que se localizan esos análisis, como en el caso de Koselleck y otros. Cuando un análisis se localiza, digamos, en la larga duración y en una geografía que corresponde a vastas extensiones, hay cosas relacionadas con procesos de diferenciación en cuanto a vías concretas de evolución, que no se le puede pedir a tales análisis. Para poner otro ejemplo, el del libro de François-Xavier Guerra: *Modernidad e independencias*, al que hoy en día se le reclaman particularizaciones que parecen imprudentes, si se tiene en cuenta el carácter global del análisis presentado y sobre todo la propia conciencia que el autor tenía de no estar describiendo la riqueza de situaciones particulares (creo que las críticas recientes de Elías Palti a Guerra también están afectadas por esa incomprendición, lo que desde luego no quiere decir que la obra de Guerra se encuentre exenta de crítica... y entre más pronto mejor!).

Creo además que en el libro se hace por momentos un excesivo énfasis en los elementos de los que se piensa que constituyen la originalidad misma del análisis presentado. Un solo ejemplo: sea el caso del papel de la religión. Tanto en las revoluciones modernas europeas (en el siglo XVII y en el siglo XVIII), como en el caso de la revolución norteamericana, las indicaciones sobre el papel de la religión en la formación de sus "ideologías", parece claro y ha sido recordado de manera constante por muchísimos autores; y si en buena medida la mención del hecho ha sido menos frecuente en América Hispana, esto no quiere decir que no se haya hecho en absoluto. Y se podrían ofrecer más ejemplos...

Finalmente, me parece que el libro, en su aparato bibliográfico y en muchas de sus citas, paga un precio desmedido de agradecimiento hacia los autores, sobre todo franceses, en que parece inspirarse. Hay muchos de los pies de página, y sobre todo de lo que se dice en ellos, que es francamente innecesario y a veces desmedido, como en el caso de Marcel Gauchet (y otros), no porque el autor no merezca todas las reverencias posibles —al fin y al cabo todos construimos nuestro santoral—, sino porque parecen sobrar en el libro... a no ser que el libro tenga un auditorio secreto, que nos es desconocido... lo que podría ser también una dirección de lectura de este libro, una lectura que debería combinarse con el análisis de algunas de las páginas iniciales en que los autores hacen declaraciones y profesiones de fe algo tremendistas sobre la inspiración teórica de su trabajo, declaraciones que la exposición que se presenta no parece reclamar y que versan sobre lo que piensan de la historia conceptual, sobre el

giro lingüístico y otras novedades, que nada agregan al volumen y que parecen ser más bien un pequeño ejercicio de "egohistoria", que bien pudiera haberse cambiado por algunas buenas observaciones de historia social.

Renán Silva Olarte

Profesor del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes

Dirección de contacto: rj.silva33@gmail.com

Isidro Vanegas Useche, *Todas son iguales. Estudios sobre la democracia en Colombia* (Bogotá: Universidad Externado, 2011), 438 p.

Una primera mirada a la colección de ensayos que nos ofrece Isidro Vanegas en esta obra podría sorprender, tanto por la multiplicidad de temas abordados como por la amplitud del marco cronológico. Sin embargo, el primer capítulo nos proporciona el hilo conductor que da unidad al contenido. La preocupación del autor por la democracia colombiana se traduce en una mirada particular sobre la historia del país, que se inspira en la propuesta de Pierre Rosanvallon de "historia filosófica de lo político". Articulando la historia de las ideas y la historia social, ella nos invita a pensar la democracia no como un experimento que se evalúa retrospectivamente a la luz de un modelo preestablecido, sino como un problema al cual los actores intentan aportar respuestas, en una búsqueda nunca acabada de realización de la libertad y de la igualdad.

Con esta perspectiva, Vanegas recuerda con fuerza una idea obvia, y sin embargo, muy a menudo despreciada por los trabajos históricos sobre Colombia: el hecho de que desde la revolución de 1810, la democracia constituye un horizonte normativo fundamental de los actores políticos colombianos. Buena parte de la historiografía, sea por adoptar un enfoque estrechamente estructuralista, sea por una ilusión retrospectiva que la lleva a interpretar toda la historia política del país en clave de fracaso y violencia, desdeñó esta idea que simplemente, invita a reinscribir la historia colombiana en la problemática que compartió todo el mundo occidental después de las grandes revoluciones modernas. En este olvido radica la connotación casi iconoclasta que se desprende del título del libro, y que se vuelve a encontrar en muchas proposiciones del autor. Algunas podrán convencer menos que otras, pero todas se inscriben en esta voluntad de tomarse en serio la problemática que se deriva de la democracia como horizonte. No es que todas las democracias sean las mismas, pero desde este

punto de vista, la historia colombiana no puede ser interpretada como una especie de anomalía respecto a la tradición occidental.

La tarea que se propone Vanegas implica por lo menos dos apuestas metodológicas fuertes. En primer lugar, un enfoque transdisciplinario que convoca para la interpretación histórica los aportes de la sociología, la antropología, y hasta el análisis semántico. Los aportes de la filosofía política resultan particularmente destacables. En segundo lugar, una perspectiva comparativa que multiplica las referencias a la historia política de otros países occidentales de los cuales Vanegas se revela un excelente conocedor, muy particularmente de Francia.

No obstante, en cuanto a la primera apuesta, uno podrá sorprenderse de que el autor empiece arremetiendo con fuerza en su primer capítulo contra la perspectiva "localista" de las ciencias sociales, y particularmente de la ciencia política "encuadrada en un terreno específico [...] y consagrada a develar unas normas cuya transgresión debe ser denunciada"¹. Extraña invitación al diálogo... Si la crítica no nos parece completamente fuera de lugar, ella concierne sobre todo a un enfoque estructural-funcionalista (el autor cita a Robert Dahl en particular como blanco de su crítica en la introducción), propio de la sociología política de hace cuarenta años. Tales apreciaciones les sonarán un tanto anacrónicas a muchos polítólogos contemporáneos, que ya no practican el positivismo estrecho de una época en que la ciencia política peleaba por su reconocimiento disciplinario. Desde entonces, la perspectiva ha sido considerablemente renovada y ampliada, precisamente gracias al auge de la política comparada y el diálogo entre disciplinas. Los trabajos de Benedict Anderson sobre el nacionalismo por ejemplo (a los cuales se alude en forma bastante reduccionista²), bien merecerían una atención más detenida.

Dejando estas querellas disciplinarias, el segundo reto, el de la comparación, plantea otros interrogantes más interesantes. En este aspecto, Vanegas se va por lo más difícil con el afán de comprobar su tesis, mostrando de manera convincente que los problemas a los cuales la democracia colombiana se enfrenta no son diferentes de los que se encuentran en la historia política de las democracias reconocidas de Francia o Estados Unidos. Movilizando amplias fuentes, tal comparación demuestra

1. Isidro Vanegas Useche, *Todas son iguales. Estudios sobre la democracia en Colombia* (Bogotá: Universidad Externado, 2011), 37.

2. Isidro Vanegas Useche, *Todas son iguales*, 33.

que sobre varios aspectos (la adhesión a la idea moderna de soberanía popular, la aceptación de los grandes principios del liberalismo, el papel de los partidos políticos, la libertad de prensa, entre otros), la democracia colombiana ha tenido una historia rica y consistente, aún cuando otros aspectos (la aceptación del pluralismo en particular), hayan sido más problemáticos. Nos queda sin embargo la duda de lo que permitiría una comparación con terrenos más cercanos. Si Vanegas convence que la democracia colombiana no constituye ninguna anomalía con respecto a las democracias occidentales más consagradas, da la impresión que sí podría serlo con respecto a otros países de América Latina. Una lectura simultánea del libro coordinado por Hilda Sábato, por ejemplo *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*³, que trata varios temas análogos con una perspectiva similar en varios países de la región, nos llevaría a pensar que el tema de la democracia en Colombia se destaca por su radicalidad, particularmente en el siglo XIX. De ahí se desprende una alternativa: o la interpretación de Vanegas va demasiado lejos en su afán de demostrar la "normalidad" de la democracia colombiana, o Colombia sería una excepción "particularmente democrática" con respecto a Argentina, Brasil o México, en particular por su adhesión temprana al principio de soberanía popular en su versión más moderna.

Esto nos lleva a un segundo interrogante. Vanegas insiste mucho a lo largo de su libro sobre el período que va de 1810 a 1930. Las consideraciones sobre lo que viene después son más escasas, salvo en cuanto a la visión de la izquierda colombiana acerca de la democracia. De cierto modo, esto sugiere implícitamente que la riqueza de la dinámica de la democracia perdió algo de su vigor en la segunda mitad del siglo XX. Así, en la conclusión de su octavo capítulo, Vanegas desplora que "la escena política en la actualidad parece no dar casi espacio sino al reconocimiento de la incertidumbre económica y la inseguridad física, siendo esa negligencia ante las incertidumbres la manifestación quizá más rotunda de la crisis de los partidos"⁴. Por cierto, el autor es consciente de que esto no constituye una particularidad de Colombia, y que de cierto modo, hace parte de la inevitable incertidumbre constitutiva de la democracia. No obstante, nos queda la duda ¿Será que la democracia en Colombia perdió el rumbo

3. Hilda Sábato, *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina* (México: Fondo de Cultura Económica, 1999).

4. Isidro Vanegas Useche, *Todas son iguales*, 381.

que le indicaba su historia más remota, o será que Vanegas termina cediendo a su vez al fatalismo del fracaso que denunció a lo largo de su libro cuando se adentra en la época más reciente?

Al final, estas dudas, nos dicen más de la riqueza del libro de Vanegas que de sus insuficiencias. Se trata de un llamado apasionado al debate sobre los legados de la historia de la democracia colombiana. No para reemplazar la leyenda negra del fracaso perpetuo por una leyenda rosa, sino para desterrar los estereotipos y seguir trabajando con toda la seriedad que merece tan importante tema.

Yann Basset

Profesor de las Facultades de Ciencia Política y Gobierno
y de Relaciones Internacionales de la Universidad del Rosario.

Dirección de contacto: yann.basset@urosario.edu.co

Timothy Snyder, *Tierras de sangre* (Bogotá: Norma, 2011), 669 pp.

Las traducciones al español de libros escritos en inglés sobre la Segunda Guerra Mundial y el período de Entreguerras forman un mercado historiográfico importante en el que se enfrentan principalmente editoriales españolas. En medio de rumores sobre su desaparición, la editorial colombiana Norma da la pelea en Latinoamérica con la traducción de uno de los libros de historia de los que más se habló en Estados Unidos y el Reino Unido en el año 2010: *Tierras de sangre (Bloodlands). Europa entre Hitler y Stalin*, del joven historiador norteamericano Timothy Snyder, profesor en la Universidad de Yale.

La gran novedad de este libro es la creación de un objeto historiográfico: los catorce millones de muertos que cubrieron durante los decenios de 1930 y 1940 el espacio situado a grandes rasgos entre Alemania y la Unión Soviética, y los mares Báltico y Negro. El propósito de Snyder es claro desde el subtítulo de su libro: no se trata del enfrentamiento entre las fuerzas al mando de Hitler y su contraparte bajo las órdenes de Stalin —aunque esta problemática hace parte del libro—. Se trata más bien de la suerte que corrieron los hombres y mujeres que quedaron atrapados en el trozo de Europa atenazado por el nacionalsocialismo y el comunismo desde los años en que cada sistema se consolidó en su propia esfera (1932-1939) hasta el momento en que uno venció al otro después de un enfrentamiento apocalíptico (1941-1945), pasando por un corto período de alianza y colaboración (1939-1941). Ninguna de las víctimas estudiadas murió en combate. Al enfocarse en ellas, esta investigación hace contrapeso al interés predominante por las operaciones militares del frente occidental, entre las cuales el desembarco en Normandía es la más taquillera.

Además de la introducción y la conclusión, el libro está dividido en once capítulos dispuestos de manera cronológica. A medida que avanza la narración el lector encuentra cinco problemáticas principales, cinco formas de matar y morir, repartidas en los primeros ocho capítulos. La primera de ellas es estudiada en el primer capítulo: la hambruna que infligió Moscú al final del primer plan quinquenal (1932-1933) a algunas de las naciones que formaban la Unión Soviética. El propósito fue reducir al

mínimo la resistencia a los procesos complementarios de despojo de tierras a campesinos propietarios (*kulaks*) y de colectivización de las mismas. El método fue obligar a los campesinos a entregar los productos cultivados y redistribuirles mucho menos del mínimo necesario para mantenerse con vida. El resultado fue una escasez de alimentos creada por el hombre y tres millones de muertos sólo en Ucrania. La etapa siguiente en este itinerario de la muerte ocupa los capítulos dos y tres: la gran purga de 1937-1938, en la que murieron unas 700.000 personas también por designio de Moscú, esta vez manifestado en cuotas precisas de muertos. Snyder divide el estudio de la purga en sus dos grandes justificaciones: por clase (contra los *kulaks* de nuevo, en el capítulo dos) y por origen nacional (contra los polacos con especial virulencia por un inexistente complot contra la Unión Soviética, en el capítulo tres). Hasta este punto —el final de los años 1930— la mayor parte de las víctimas corrieron por cuenta de la Unión Soviética. Pero el total no llega a cuatro millones. Quedan faltando más de diez.

El capítulo cuatro se ocupa de la tercera problemática principal: el Tratado Molotov-Ribbentrop (1939) —por el cual la Unión Soviética y Alemania pasaron de ser enemigos en potencia a ser aliados en acto— y de sus consecuencias: la partición de Polonia ante la pasividad de Francia y el Reino Unido, y 200.000 muertos más, en su mayoría hombres pertenecientes a las clases educadas. A esto hay que agregar las deportaciones soviéticas al *gulag* y alemanas a Auschwitz. Este campo, tal vez el más famoso de los campos de concentración alemanes, no era en ese momento el destino de los judíos polacos. Para ellos se diseñó la política siniestra de los guetos en las principales ciudades (Varsovia, Lodz...). La alianza germano-soviética tuvo sin embargo una vida corta. En junio de 1941 Hitler decidió traicionar a Stalin y lanzar una gigantesca invasión conocida con el nombre de operación *Barbarossa*. Snyder muestra el peso que tuvieron las consideraciones de economía ideológica, o de ideología económica, en esta decisión: si Alemania quería sobrevivir como imperio, razonaban los nazis, necesitaba un "espacio vital" (*Lebensraum*) para su "raza", espacio que sólo podría extenderse hacia el oriente a costa de los eslavos —los planes originales contemplaban la muerte de 45 millones de personas en el invierno de 1941-1942—. Como resultado de este enfrentamiento el número de muertos en las "tierras de sangre" se duplicó hasta alcanzar los ocho millones. Se calcula que murieron tres millones de prisioneros de guerra soviéticos hasta 1945 y un millón de civiles durante el sitio de Leningrado.

Estos cuatro millones, al igual que los tres millones de ucranianos a principios de los años treinta, murieron de inanición. Desde ese momento la inmensa mayoría de las víctimas civiles corrió por cuenta de la Alemania Nazi. El fin de Molotov-Ribbentrop y las consecuencias descritas son estudiadas en el capítulo cinco y forman la cuarta gran problemática que compone el objeto de este libro de historia.

La quinta y última es, desde luego, el Holocausto: la muerte de unos seis millones de judíos en manos del régimen de Hitler. El autor dedica tres capítulos a mostrar su génesis y su evolución, desde las deportaciones hacia los campos de concentración hasta la puesta en marcha de los campos de muerte (Belzec, Sobibor, Treblinka). Muy importante es la atención que presta a los *Einsatzgruppen*, secciones de asalto que acompañaban a la *Wehrmacht* en su penetración al oriente con el objeto de erradicar a la población judía en lo que se conoce como el Holocausto a balazos. Cuando las cámaras de gas empezaron a funcionar la mayoría de los judíos ya estaban muertos. El libro termina con tres capítulos dedicados al reflujo del ejército rojo sobre las "tierras de sangre", la derrota del nacional-socialismo, la caída de la Cortina de Hierro sobre el espacio en cuestión y, por último, las políticas antisemitas puestas en marcha por Stalin. En estos procesos hubo desde luego muchas víctimas civiles, pero las cifras palidecen en comparación con la estulticia de los años anteriores.

En la anterior enumeración de atrocidades, la mitad de las víctimas murieron de hambre por la voluntad deliberada de privar de alimento a poblaciones enteras: los ucranianos al final del primer plan quinquenal soviético, los habitantes de Leningrado durante el ya legendario cerco de la ciudad y los prisioneros de guerra soviéticos en manos de los alemanes. Muertes más lentas, más dolorosas, pero sin derramamiento de sangre. Esto hace pensar que la metáfora que da nombre al libro no es quizá la más apropiada. Tal vez otro título, no necesariamente metafórico, hubiera dado una imagen menos reducida del objeto historiográfico: piense el lector en las tumbas poco profundas que Snyder menciona en varios apartes o en la tierra como campo sembrado de cadáveres donde años más tarde van a germinar los nacionalismos. Pero es difícil encontrar un título tan impactante, conciso y sonoro como *Bloodlands* –no hay duda que funciona mejor en inglés que en español–. Sospecho que el autor aspira a que sus lectores empiecen a referirse con este término al espacio que estudia en el momento en que lo hace.

Si se tiene en cuenta la ambición intelectual del proyecto sobre decir que *Tierras de sangre* es un libro de síntesis. Esto no quiere decir que el autor no haya utilizado los archivos pertinentes: lo ha hecho con maestría, pero en libros anteriores dedicados a problemáticas afines. En este caso la inmensa mayoría de sus fuentes son los trabajos de otros historiadores. Esta particularidad no le quita ningún mérito al proyecto. Por el contrario, Snyder realiza la proeza de dominar una lista gigantesca de investigaciones recientes y clásicas en diez idiomas para hacer de ella una investigación histórica no sólo novedosa y rigurosa sino también legible. El resultado hubiera podido ser un balance bibliográfico erudito dirigido exclusivamente a sus pares académicos, pero fue, por fortuna, un libro que le da a la palabra "divulgación" un sentido noble. Los historiadores lo pueden leer con provecho así como cualquier persona interesada en la historia de Europa en el siglo XX y amiga de la lectura: el libro es extenso —y no tiene versión en mp3—.

La narración presenta sin embargo un problema de fondo relacionado directamente con un propósito que el autor expresa con claridad en la conclusión. Los sistemas liderados por Hitler y por Stalin convirtieron a millones de hombres y mujeres en números y en listas. Snyder quiere reconvertir las cifras en personas para restituirles la humanidad robada. En términos narrativos el historiador se ve enfrentado a una pregunta compleja: ¿Cómo trenzar la gran historia con las pequeñas historias? ¿Los nombres archiconocidos y recargados de sentidos como Hitler y Stalin con los nombres olvidados o desconocidos? ¿Las estadísticas con las anécdotas? La solución por la que opta el historiador es intercalar en el gran relato del progreso de la muerte una multitud de pequeñas situaciones donde los protagonistas, hasta entonces anónimos, son llamados con nombre propio. El propósito del humanista es loable, pero el resultado narrativo no es del todo satisfactorio. Ante la acumulación de anécdotas el lector termina por confundir los nombres y las situaciones. Las variaciones de los cinco temas fueron tantas en aquel tiempo y lugar que no caben en la cabeza de nadie. Y dar el nombre de una víctima y narrar un fragmento de su vida, por significativo que sea, no basta para restituirle su humanidad: una lista de situaciones, así tenga nombres propios, no deja de ser una lista.

El prólogo, por ejemplo, enumera cinco casos anónimos que desaparecen en el cuerpo del libro para reaparecer en bloque con sus nombres en la conclusión, más de quinientas páginas después, cuando ya habían sido olvidados por el lector —al

menos por este lector—. Inevitablemente queda la sensación de que fueron incorporados al final de la escritura. Algunos personajes secundarios aparecen varias veces: un diplomático japonés, un periodista galés, un artista polaco... pero se pierden en la masa de nombres y estadísticas. Snyder tal vez hubiera podido encontrar inspiración en la literatura o en el cine donde, normalmente, el número de personajes es limitado. Un número menor de casos hubiera dado una lista más corta de nombres, pero cada nombre hubiera sido mucho más difícil de olvidar. Si hubiera desarrollado, por ejemplo, las cinco viñetas del prólogo a lo largo del libro, abandonando cada historia en el momento en que moría el protagonista, tal vez el impacto en el lector hubiera sido más profundo. Tal vez no lo hizo porque ya lo había hecho en sus otros libros, que no he leído. Dos de los títulos —*Sketches from a Secret War: A Polish Artist's Mission to Liberate Soviet Ukraine* y *The Red Prince: The Secret History of a Habsburg Archduke*— prometen dos personajes no solo secretos sino inolvidables. En cualquier caso ésta es sólo una sugerencia tardía que no le impide ver al comentarista los muchos méritos que tiene este gran libro. El objeto de estudio es descomunal: dos potencias, una docena de naciones e idiomas, millones de kilómetros cuadrados y de muertos. Descomunal es la calidad de Snyder como historiador.

Es una lástima que la traducción impida ver con nitidez una y otra cosa. Son raras las páginas en las que el lector latinoamericano —a quien va dirigida la traducción— puede olvidar en qué lengua fue escrito el texto original. Como si no aguantara más llevar ese incómodo disfraz español, el inglés se revela y sale a flote. En un párrafo sobre la campaña nazi para acabar con la alta cultura polaca se puede leer: "La estatua de Adam Mickiewicz, el gran poeta romántico, en el Market Square fue destruida y la plaza se rebautizó plaza Adolfo Hitler". Sí, *Market Square*. En Cracovia. Compárese este libro con otro consagrado a una problemática histórica relacionada: *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, del historiador británico Richard Overy¹ —que, como cosa curiosa, no aparece en la bibliografía— vertido al español con elegancia por Tusquets en Barcelona. ¿Es el historiador Overy mejor escritor que el historiador Snyder? Tal vez. De lo que no queda duda es que una traducción como la de *Dictadores* hace palidecer la de *Tierras de sangre*. Si la salvación de Norma depende de la competencia con las editoriales españolas por el mercado de la historio-

1. (Barcelona: Tusquets, 2006) [primera edición en inglés 2004].

grafía europea sobre el período de Entreguerras y la Segunda Guerra Mundial –cosa dudosa– la editorial nacional no debe vencerlas sólo en la velocidad al comprar los derechos de los libros sino también en la calidad de sus traducciones. Entretanto tal vez lo mejor sea comprar no sólo *Bloodlands* sino también los demás libros de Snyder en una librería virtual –donde se pueden conseguir en buen estado y a buen precio en rústica y de segunda mano– y hacer el esfuerzo de leerlos en el idioma en que fueron escritos para poder apreciar en su justa medida la obra en construcción de uno de los historiadores que está transformando nuestra visión del siglo XX europeo.

Carlos Camacho Arango
Candidato a Doctor en Historia de la
Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne
Dirección de contacto: camachoarango@gmail.com

Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011), 469 p.

Con este nuevo libro, el profesor Gilberto Loaiza Cano continúa su indagación por una temática que ha sido constante en sus trabajos académicos: el proceso histórico de construcción nacional durante el siglo XIX. En esta ocasión, ya no será a la luz de la trayectoria biográfica de una de las figuras más relevantes del período; el autor se acercará al estudio de aquel proceso, de manera distinta a como lo había hecho en su libro de biografía histórica sobre Manuel Ancízar¹, a partir del estudio de la evolución de los fenómenos asociativos durante el período que va desde los inicios republicanos (1820) hasta el comienzo de la Regeneración (1886).

Si bien en este libro Loaiza Cano vuelve a retomar algunas de las problemáticas ya presentes en trabajos anteriores —la pregunta por el papel de las élites en el proyecto de construcción nacional, la relación entre las redes de sociabilidad y la vida política, el alcance y los logros de la ideología modernizadora—, el panorama histórico que ahora presenta, porque no ha tenido que sujetarse a los requerimientos que demanda el seguimiento biográfico a un individuo en particular, o bien, al grupo que éste representa —el de los intelectuales hispanoamericanos—, ha sido por esto mucho más amplio y variado. De este modo, la centralidad que el autor había dado al liberalismo y a sus agentes para abordar el proceso de definición nacional, cede aquí terreno a la consideración, *vis a vis*, de otros dos grupos o "fuerzas históricas". Por un lado, el de su contraparte, la Iglesia que en alianza con la dirigencia conservadora opuso al proyecto de nación laico inspirado en los principios liberales, el proyecto a

1. Gilberto Loaiza Cano, *Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX* (Medellín: Universidad de Antioquia y Universidad EAFIT, 2004).

favor de una República católica; y por otro, el de los sectores populares, los cuales si bien, como señala el autor, no lograron constituirse en un grupo coherente y definir un proyecto propio capaz de hacer frente a los anteriores, su alta participación en la contienda política y el apoyo que según el caso prestaron a uno u otro partido fueron decisivos para determinar la orientación de la misma.

Loaiza Cano propone seguir el curso de dicho proceso histórico marcado por el antagonismo entre dos proyectos de construcción nacional hegemónicos, a partir del análisis de las prácticas de sociabilidad que unos y otros agentes desplegaron como mecanismos estratégicos en la búsqueda de hegemonía por el poder político, por el control del espacio público y por el predominio respecto a los principios ideológicos que debían fundar la nación.

Este libro llama la atención sobre la pertinencia analítica que tienen las formas de sociabilidad para el estudio y la comprensión de la historia del siglo XIX colombiano. Los aportes que en este campo de investigación ofrece Loaiza Cano se suman a los de otros autores que partiendo de temáticas y problemas distintos al suyo, también han abordado el estudio de las prácticas asociativas, como son el trabajo de la profesora Gloria Mercedes Arango de Restrepo sobre las sociabilidades católicas, en su libro *Sociabilidades católicas, entre la tradición y la modernidad. Antioquia, 1870-1930*; de Patricia Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad en Colombia: Medellín y Antioquia 1850-1930*, libro en el que aborda un conjunto variado de asociaciones cívicas, culturales y religiosas, y —entre otros que podrían nombrarse— el de Renán Silva sobre la sociabilidad ilustrada del final del siglo XVIII, en su libro *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia social*².

Estos trabajos dan cuenta de lo fecundo de este objeto de investigación historiográfica y de su importancia, que además, según apunta Loaiza Cano, está relacionada con un aspecto bastante significativo de la vida social del siglo XIX: la recurrencia con la que los individuos acudieron a organizarse, bajo diferentes fines, en formas asociativas. Un fenómeno que si bien es cierto tiene antecedentes en formas de organización tradicionales, como eran las cofradías y confraternidades, también encontró

2. Gloria Mercedes Arango de Restrepo, *Sociabilidades católicas, entre la tradición y la modernidad. Antioquia, 1870-1930* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia–DIME, 2004); Patricia Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad en Colombia: Medellín y Antioquia 1850-1930* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004); Renán Silva, *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia social* (Medellín: La Carreta, 2005).

un mayor impulso a raíz de las nuevas formas de sociabilidad que desde el siglo XVIII comenzaron a extenderse en Europa, inicialmente, para luego tomar fuerza en el marco de las naciones hispanoamericanas; sobre todo, en lo que respecta al caso colombiano, a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando el número de sociedades, como lo demuestran las cifras presentadas en el libro, se incrementó notablemente.

El tipo de problemas tratados que caracterizan este libro, permite considerar el trabajo de Loaiza Cano como mucho más cercano a los estudios que en este campo se han producido en el ámbito de la historiografía hispanoamericana, que a los realizados propiamente por historiadores nacionales —si se exceptúa de los mencionados antes, el de Renán Silva, no obstante que ambos autores abordan temporalidades distintas—. Así, su libro constituye una contribución al diálogo establecido por autores como Pilar González Bernaldo, Carlos Forment, Elias Palti, entre otros, que se han inscrito en una línea investigativa que se inició en Francia a partir de los trabajos de Maurice Agulhon y François Furet, y cuya introducción en el campo historiográfico hispanoamericano se atribuye a los trabajos desarrollados por François-Xavier Guerra. Desde esta perspectiva investigativa se ha propuesto analizar la relación entre las formas de sociabilidad y el proceso histórico de transición entre la sociedad tradicional de Antiguo Régimen y la sociedad moderna, con el objeto de considerar el papel que los fenómenos asociativos tuvieron en la consolidación de una cultura política fundada sobre los principios de la modernidad.

De ahí que una de las cuestiones claves que atraviesa este libro, y que como señalara el autor ha ocupado un lugar central en el debate orientado a evaluar el papel de las sociabilidades en los procesos de extensión de la modernidad, sea la pregunta por el valor democratizador de las mismas. En un sentido más general, Loaiza Cano se plantea hasta qué punto pudieron las élites nacionales, representantes de una ideología modernizadora —cuya expresión política se dio en el liberalismo— consolidar el proyecto de una República fundada sobre los principios de la democracia representativa. Al respecto, el autor mostrará cómo a esa avanzada del liberalismo se opuso una Iglesia que fortalecida gracias a su alianza con las élites conservadoras, buscó conservar su tradicional predominio en la vida social y mantener la vigencia de los valores de una sociedad jerárquica.

Interesado en comprender el rumbo y los avatares de dicho enfrentamiento, tanto del terreno del debate ideológico como del institucional y legislativo privile-

giados por la historiografía intelectual y política, con el ánimo de pensar la manera cómo tal fenómeno marcó el devenir cotidiano de la vida pública, el autor propone para ello centrar su análisis en el estudio de los mecanismos mediante los cuales ambos grupos hegemónicos buscaron fundamentar su poder y legitimidad dentro de la población. Dejando a un lado el recurso límite de la guerra, Loaiza Cano identifica tres mecanismos principales: la prensa, la escuela y las sociabilidades. El estudio de estos tres mecanismos formó parte integral de su investigación doctoral, no obstante por motivos de edición, sólo son los dos últimos —la escuela y en mayor medida las sociabilidades— los que ocupan un lugar en este libro.

En los distintos capítulos que componen este trabajo, el autor se dedica a hacer un seguimiento de los fenómenos asociativos; desde las primeras asociaciones que se formaron durante el proceso independentista hasta llegar al período de la Regeneración, cuando inicia una época poco favorable a la sociabilidad política en razón de las medidas orientadas a restringir la libertad de asociación. En dicho recorrido el autor distingue tres grandes momentos en la práctica asociativa, los que a su vez vincula con tres momentos centrales de la historia política del período. El primero, signado por los primeros intentos de construcción del orden republicano (1810-1828), está caracterizado por el desarrollo de una sociabilidad de origen ilustrado que tuvo como objetivo ejercer una labor catequizadora en los principios y valores del nuevo ordenamiento político. Un segundo momento, que va de 1832 hasta 1854 y que coincide con la agudización de las diferencias políticas entre las dos corrientes que formarían los partidos liberal y conservador, se caracterizó por la multiplicación y extensión a lo largo del territorio de sociedades de corte político en las cuales los sectores populares, para lo que fueron las llamadas sociedades democráticas, llegaron a jugar un papel protagónico.

El tercer momento, que abarca el período que va de 1854 a 1886, estuvo caracterizado por la fuerte presencia que a nivel nacional —pero sobre todo con una mayor concentración en los estados de Antioquia, Tolima y Cauca— tuvieron las asociaciones religiosas alentadas por la alianza entre el laicado conservador y una Iglesia que, tras adherir a los lineamientos de la política ultramontana dictada por el Vaticano, estuvo determinada a asumir una estrategia más ofensiva para disputarle al liberalismo el control sobre el proceso de construcción nacional. Esta tercera etapa, a su vez se caracterizó por el cambio en la estrategia de la dirigencia radical, que prefirió concentrar

sus esfuerzos en la organización de un sistema nacional de instrucción pública y al mismo tiempo privilegiar, frente a los anteriores clubes políticos populares, una forma de sociabilidad ilustrada y elitista.

Esta investigación está soportada en una amplia documentación de archivo, prensa, memorias, correspondencia, informes oficiales y listados prosopográficos –formados con los miembros más representativos del personal político, asociativo, periodístico y eclesiástico–, entre otras fuentes que el autor hábilmente entrecruza para reconstruir el tejido de las relaciones entre los fenómenos asociativos y la vida política, y para dar cuenta a partir de ello de aspectos como, el ritmo y balance de la confrontación política a lo largo del XIX, la manera cómo geográficamente se organizaron las distintas fuerzas (radicales, mosqueristas, independientes, conservadores), y los rasgos que a éstas caracterizaron en su búsqueda por la hegemonía: los discursos, las estrategias de legitimación, las alianzas, las prácticas fomentadas y los grupos sociales que fueron el blanco de su proselitismo.

En la visión panorámica que el autor presenta de la historia política del período, contrasta el examen crítico que efectúa de las dos principales fuerzas históricas. Por un lado, al referirse a la Iglesia, los planteamientos de Loaiza Cano coincidirán en buena medida con los de autoras que como Patricia Londoño y Gloria Mercedes Arango de Restrepo³, ponen en cuestión la interpretación de una institución anclada en una posición tradicionalista y retrógrada, para afirmar que si bien la Iglesia pudo haberse afianzado –sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo– en un discurso ultramontano, al mismo tiempo terminaría reconociendo la necesidad de entrar en las nuevas lógicas de la vida republicana. En palabras del autor, “la Iglesia también se modernizó mientras luchaba contra esa modernidad”⁴ y, de ese modo, y en alianza con la dirigencia conservadora, pudo desarrollar una estrategia proselitista lo suficientemente exitosa como para asegurarse el apoyo de amplios sectores populares y el compromiso de las élites en la difusión de su programa católico.

El análisis del liberalismo, por su parte, resulta siendo comparativamente menos positivo. Frente a la coherencia y consistencia ideológica y organizativa que

3. Cfr. Patricia Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad* y Gloria Mercedes Arango de Restrepo, *Sociabilidades católicas, entre la tradición y la modernidad*.

4. Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886)* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011), 217.

atribuye al conservatismo, pone como contraste la *superficialidad de la modernidad ideológica* de la élite liberal, su dificultad para erigir una cultura política autónoma de la influencia eclesiástica y el alto grado de fragmentación interna que caracterizó al partido, división que para el autor se debió menos a matices ideológicos que al choque de intereses políticos entre grupos y regiones. Igualmente, mientras ve en la Iglesia y sus aliados, sucesivos esfuerzos por estrechar las relaciones con los sectores populares, considera que los liberales radicales, en cambio, no cedieron ante sus reservas frente a un pueblo al que temían y del cual tendieron a distanciarse cada vez más para refugiarse en un modo de sociabilidad elitista. Esta visión no dista mucho de la imagen del *Olimpo radical* que en su momento difundieron, con un evidente objetivo descalificador, los grupos opositores de la dirigencia radical, así por lo menos se percibe cuando —entre otras alusiones similares— el autor afirma que "El radicalismo anclado en la cumbre del centro del país no supo construir una comunicación fluida con la Colombia profunda y aldeana [...]"⁵. De ahí también que en ese cambio de estrategia de los radicales a la que antes se hizo alusión, y que para el autor significó su alejamiento de los sectores populares, Loaiza Cano encuentre un argumento más, de gran peso, para explicar el declive de su proyecto de construcción nacional.

El profesor Gilberto Loaiza Cano ha ofrecido con este libro una valiosa visión sobre el siglo XIX colombiano. En la misma ha procurado alejarse de posiciones esquemáticas y reduccionistas que tienden a leer la época bajo la idea del enfrentamiento inconciliable entre la modernidad y la tradición, y entre el liberalismo y el conservadurismo; y así mismo, de estrechos puntos de partida que construyen sus comprensiones históricas o desde arriba o desde abajo. Este es, pues, un esfuerzo más que notable por presentar de una manera que todavía nos pueda resultar clara, y en lo posible definida en sus contornos, una visión de conjunto de lo que fue un período y un proceso histórico en suma complejo y equívoco.

Juliana Jaramillo Jaramillo

Estudiante de la XIV cohorte de la Maestría en Historia
de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

Dirección de contacto: jjaramij@unal.edu.co

5. Gilberto Loaiza Cano, *Sociabilidad, religión y política*, 380.

Javier Guerrero Barón, Luis Wiesner Gracia y Abel Fernando Martínez Martín (Comp.), *Historia social y cultural de la salud y la medicina en Colombia, siglos XVI-XX* (Medellín: La Carreta, 2010), 309 p.

El libro *Historia social y cultural de la salud y la medicina en Colombia, siglos XVI-XX* es una selección de varias ponencias presentadas en el XIV Congreso Colombiano de Historia en la mesa "Historia social y cultural de la salud y la medicina en Colombia". Sus autores y los enfoques escogidos revelan mucho acerca del presente de la historiografía de la salud y la medicina en nuestro país.

En primer lugar, se destaca en la obra su carácter interdisciplinario: historiadores, antropólogos, sociólogos, abogados, médicos epidemiólogos, odontólogos y bacteriólogos. Pero la interdisciplinariedad proviene más del cercano equilibrio entre representantes de las ciencias humanas y representantes del área de la salud, pues en este campo de la historiografía colombiana, hasta hace muy poco, predominaban salubristas y médicos.

En segundo lugar, sobresale el quiebre del predominio de Bogotá como tema y como origen en la producción historiográfica. En efecto, hasta hace muy poco la capital del país dominaba el panorama¹. En contraste, el libro *Historia social y cultural*

1. Ese predominio se remonta a la década de 1980 cuando aparecieron las primeras publicaciones cuyo rigor metodológico y teórico permite hablar de una historiografía de las ciencias y la medicina en Colombia. Hasta los años 1960 predominaban en Colombia, publicaciones que conducían a la exaltación de la tradición de las academias o los avances y retrocesos en el progreso de la ciencia y la medicina. En los años 1980 con motivo del Bicentenario de la Real Expedición Botánica, un grupo heterogéneo de historiadores, sociólogos, ingenieros, médicos y profesionales de las ciencias sociales desarrolló las primeras investigaciones bajo la metodología de la historia social de las ciencias. En particular, según el balance elaborado por Diana Obregón, el trabajo pionero en historia social de la medicina fue "Apuntes para una

de la salud y la medicina en Colombia muestra el interés creciente por este campo en diferentes regiones del país: de Medellín, el Grupo de Historia de la Salud de la Universidad de Antioquia y el Grupo de Investigación Producción, Circulación y Apropiacón de Saberes (Procircas) de la Universidad Nacional de Colombia; de Barranquilla, el Grupo de Historia de la Universidad Simón Bolívar de Barranquilla; de Bogotá, el Grupo de investigación de Antropología Biológica de la Universidad Nacional de Colombia; de Boyacá, el Grupo de Historia de la salud de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

La descentralización de la producción académica en este sub-campo de la historia de la ciencia es muestra del creciente interés que en el último lustro ganó la historia de la medicina y la salud en Colombia. En efecto, hasta hace poco un puñado de médicos e historiadores conformaban el panorama nacional en historia de la salud y la medicina; para tener una idea se pueden mencionar los autores con las fechas de su primera publicación: Christoper Abel (1996), Zandra Pedraza (1999), Emilio Quevedo (2004), Diana Obregón (2002), Mario Hernández (2002), Carlos Ernesto Noguera (2003)², Álvaro Cardona (1990, 1995), Jorge Márquez Valderrama (2005), Libia Restrepo (2004), Santiago Castro Gómez (2005)³.

En estos historiadores es notable la influencia de autores mundialmente conocidos como George Rosen, Robert Merton y Michel Foucault. Los aportes de Rosen y Merton en historia social de la medicina o de la salud imprimen en las investigaciones históricas un enfoque sociopolítico; un claro ejemplo del influjo de Rosen es la obra colectiva de Emilio Quevedo, *Café y gusanos, mosquitos y petróleo: tránsito de la higiene hacia la medicina tropical y la salud pública en Colombia 1873-1953*⁴, que permite entender la configuración del sistema de salud a la luz de las dinámicas del mercado

historia de la medicina en Colombia" (1984) del sociólogo Néstor Miranda Canal. Con "Miranda Canal se comienza a superar el tipo tradicional de historia de la medicina, consistente casi exclusivamente en biografías, memorias y anécdotas". Diana Obregón, "Historiografía de la ciencia en Colombia", en *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, ed. Bernardo Tovar Zambrano (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994), 539-618.

2. Carlos Ernesto Noguera, *Medicina y Política: discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia* (Medellín: Universidad Eafit, 2003).

3. Hace falta un balance historiográfico desde 1994 hasta el presente. Un análisis detallado de las tendencias regionales y las perspectivas investigativas serían motivo para un trabajo de mayor aiento.

4. Emilio Quevedo et al., *Café y gusanos, mosquitos y petróleo: El tránsito de la higiene hacia la medicina tropical y la salud pública en Colombia 1873-1953* (Bogotá: Universidad Nacional, 2004).

internacional y el ingreso del país en la economía agro-exportadora. Por su lado, la influencia del historiador Michel Foucault es visible en las investigaciones colombianas a través del análisis de las relaciones de poder, los dispositivos y los procesos de medicalización, y las transformaciones y configuraciones epistemológicas de diferentes campos del saber médico. En este sentido, se puede mencionar el enfoque biopolítico del trabajo del historiador Carlos Ernesto Noguera en *Medicina y Política: discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia* y el de Santiago Castro Gómez en *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada, 1750-1816*⁵. Estos autores estudian, para períodos diferentes, el conjunto de estrategias de medicalización, higienización, disciplinamiento y control de la población y sus hábitats como mecanismos políticos para encauzar a la población por la vía de la prosperidad y a la nación por el camino del progreso y la civilización.

Aunque la lectura de Rosen y Foucault continúa influenciando la historia de la salud y la medicina en Colombia, en el libro *Historia social y cultural de la salud y la medicina en Colombia* se percibe, por el tono de los argumentos y por el uso de bibliografías recientes, la apertura hacia nuevos enfoques de análisis. En ese sentido, los argumentos de varios de los autores, sin desconocer que existió un proceso de medicalización, matizan su magnitud en las zonas rurales. En la misma línea, revisan los alcances de los dispositivos de higienización en ciudades, como Cartagena. Con esto se pone en jaque la idea de un proceso de medicalización homogéneo, idea que a menudo circula en la historiografía de la salud, y se abren las fronteras a investigaciones que enfatizan los procesos de apropiación, resistencia y negociación.

En tercer lugar, es sobresaliente en el libro *Historia social y cultural de la salud y la medicina en Colombia*, la amplitud temática y temporal: la medicina en la Conquista y la Colonia; la medicina en la época de la Independencia; la medicina en la transición de los siglos XIX y XX; la medicina en la primera mitad del siglo XX. Ahora bien, los abordajes de cada temática y de cada período son muy diferentes y permiten observar el abanico de posibilidades historiográficas, así como el nivel de madurez y de solidez teórica. De ese modo, los dos artículos incluidos en la primera parte del libro sobre la medicina de la Conquista y la Colonia tienen el mérito de abordar temas sin precedentes en la historiografía colombiana y rescatar fuentes para la historia de la

5. Santiago Castro Gómez, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada, 1750-1816* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2005).

medicina, pero su nivel de exploración es estrictamente narrativo. Esta afirmación es más palpable en el texto "Primera iconografía de instrumentos quirúrgicos en América y extractos de algunas de las primeras notas de urología y odontología elaboradas y escritas en Cartagena de Indias, por el licenciado Pedro López de León, Cirujano de la Ciudad de Cartagena de Indias en su libro: práctica y teoría de las apostemas (finales del siglo XVI y principios del XVII)".

En contraste con esa primera parte, el nivel de análisis aumenta en el segundo bloque de artículos dedicado a la medicina de la época de la Independencia, pero se mantienen la originalidad y el buen uso de las fuentes, casi siempre novedosas. En ese sentido, Abel Fernando Martínez Martín y Andrés Ricardo Otálora Cascante en su artículo "*'Se baña en sangre de héroes la tierra de Colón'. Guerra y enfermedad, hambre y muerte tras el Ejército Expedicionario de Costa Firme en 1815*" concluyen que "a pesar de que el período de Independencia es uno de los más estudiados y al que más se ha dedicado la historiografía nacional, poco se conoce sobre las condiciones de vida, salud y muerte, que acompañaron al Ejército Expedicionario de Costa Firme, los vencidos de la contienda, peninsulares y americanos, de los que nadie pareciera querer acordarse"⁶.

También en esta segunda parte dedicada a las primeras décadas del siglo XIX, Jairo Solano Alonso, en su artículo "*José Fernández Madrid, médico, político y literato, en la encrucijada conceptual: de la medicina ilustrada a la anatomoclínica de comienzos del XIX*", explora los cambios del saber médico siguiendo la trayectoria intelectual del político y médico Fernández Madrid. De acuerdo con Alonso, "Fernández se desenvuelve en el eje de encuentros y desencuentros conceptuales de los distintos discursos médicos de su tiempo"⁷. En ese sentido, la obra de Fernández Madrid articula conceptos de la medicina ilustrada, la clínica francesa y la geografía médica. Solano, incluso destaca la relevancia de este exiliado colombiano en la medicina cubana del periodo: "introduce la topografía médica en la Cuba del siglo XIX"⁸.

6. Abel Fernando Martínez Martín y Andrés Ricardo Otálora Cascante, "*'Se baña en sangre de héroes la tierra de Colón'. Guerra y enfermedad, hambre y muerte tras el Ejército Expedicionario de Costa Firme en 1815*", en *Historia social y cultural de la salud y la medicina en Colombia, siglos XVI-XX*, comp. Javier Guerrero Barón, Luis Wiesner Gracia y Abel Fernando Martínez Martín (Medellín: La Carreta, 2010), 70.

7. Jairo Solano Alonso, "*José Fernández Madrid, médico, político y literato, en la encrucijada conceptual: de la medicina ilustrada a la anatomoclínica de comienzos del XIX*", en *Historia social y cultural de la salud y la medicina en Colombia*, 75.

8. Jairo Solano Alonso, "*José Fernández Madrid*", 80.

En las investigaciones sobre la medicina del período de transición del siglo XIX al XX, María Fernanda Vásquez Valencia, en su artículo "Aclimatación y enfermedad en la medicina colombiana a finales del siglo XIX y comienzos del XX", recupera la tradición de las topografías o geografías médicas. Haciendo eco de los trabajos de la filósofa Sandra Caponi acerca del *aclimatacionismo* en Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire y Jean Christian Marc Boudin, Vásquez analiza los usos del concepto de aclimatación en tres médicos colombianos: Luis Cuervo Márquez, Bernardo Samper y Juan B. Londoño. Y concluye que, salvo las opiniones de Cuervo Márquez, quien consideraba como hereditario el "fenómeno" del aclimatamiento, los médicos colombianos consideraban el discurso higienista como el principal instrumento para garantizar la adaptación de los individuos. De esa forma el problema de la aclimatación "no sólo se expresa como problemática científica o médica, es también y principalmente un asunto social y político"⁹.

En ese horizonte de la medicalización como asunto social y político se pueden inscribir claramente dos de los cinco artículos incluidos en la parte dedicada a la medicina en la transición de los siglos XIX y XX: Jorge Armando Orozco Padilla y Juan Manuel Ortiz Martínez en "'Dudosa ortografía', cuerpos antihigiénicos y espacios insalubres: prostitución e higiene pública en Cartagena 1880-1920" y Wilmar Martínez Hincapié con "Lepra e invisibilidad social en Cartagena, 1888-1909. El problema de la medicalización".

Orozco y Ortiz se preguntan por la coyuntura histórica que permitió el surgimiento de los dispositivos higiénicos de control en Cartagena a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y responden: "la coyuntura histórica de la vinculación de Colombia al mercado mundial"¹⁰

En el escenario de vinculación a la economía agroexportadora, los autores inscriben el dispositivo higiénico de la prostituta, según ellos conformado por dos estrategias: "construcción del cuerpo anti-higiénico" y "captura final a partir de la reglamentación". No obstante, como agregan los autores, las medidas no siempre se

9. María Fernanda Vásquez Valencia, "Aclimatación y enfermedad en la medicina colombiana a finales del siglo XIX y comienzos del XX", en *Historia social y cultural de la salud*, 134.

10. Jorge Armando Orozco Padilla y Juan Manuel Ortiz Martínez, "'Dudosa ortografía', cuerpos antihigiénicos y espacios insalubres: prostitución e higiene pública en Cartagena 1880-1920", en *Historia social y cultural de la salud*, 138.

pusieron en práctica por las fallas en el cuerpo polílico¹¹ o porque la resistencia inherente a las relaciones de poder no lo permitió¹².

El artículo de Wilmar Martínez Hincapié constituye un sugestivo aporte a la historia de la lepra en Colombia. Cuestiona en parte la tesis de la historiadora Diana Obregón sobre la desaparición social del leproso. Según Martínez, hablar de desaparición "obligaría a obviar datos tan importantes como que gran parte de la legislación del momento se orientó a la ocultación del problema y la exaltación del leproso como símbolo antagónico o elemento de piedad pública"¹³. Ante esto, Martínez plantea que "la invisibilidad social del leproso se mueve en la ambivalencia de la exclusión por inclusión y de la negación por la aceptación"¹⁴. De ahí en adelante el autor detalla las acciones encaminadas a medicalizar al leproso en Cartagena. Una de sus primeras constataciones, respecto al Lazareto de Caño de Loro, es el predominio de los discursos sobre las realidades y el de la piedad pública sobre el paternalismo de Estado. La supremacía de la virtud cristiana de la caridad, en sincronía con el proceso de medicalización, no hacen sino poner en evidencia la alianza entre Iglesia católica y medicina oficial en el tratamiento de la población en Colombia a comienzos del siglo¹⁵. Por esa vía quizás se llegue a explicar el papel tímido y limitado de los médicos cartageneros en el proceso de medicalización de los leprosos.

Como se anotó al comienzo de esta reseña, algunos artículos ponen en jaque la idea de un proceso de medicalización homogénea. Es el caso del artículo de Martínez sobre la lepra, en el que afirma, por ejemplo, que ese proceso de medicalización únicamente se implantó de manera teórica "aunque produjo una variación en la estratificación de la ciudad más allá del aspecto económico". Se asoció la pobreza con la enfermedad¹⁶. Pese a que hay una aparente contradicción en Martínez, pues esa estratificación si parece denotar un efecto medicalizador, el autor subraya en otro momento de su texto que la implantación del proceso de medicalización de la lepra y

11. Jorge Armando Orozco Padilla y Juan Manuel Ortíz Martínez, "Dudosa ortografía", 147.

12. Jorge Armando Orozco Padilla y Juan Manuel Ortíz Martínez, "Dudosa ortografía", 149.

13. Wilmar Martínez Hincapié, "Lepra e invisibilidad social en Cartagena, 1888-1909. El problema de la medicalización", en *Historia social y cultural de la salud*, 201.

14. Wilmar Martínez Hincapié, "Lepra e invisibilidad social", 201.

15. Wilmar Martínez Hincapié, "Lepra e invisibilidad social", 207.

16. Wilmar Martínez Hincapié, "Lepra e invisibilidad social", 209.

de otras enfermedades se encontró con el obstáculo de un oficio médico concentrado en la práctica privada. De esa forma, una porción importante de la población no fue favorecida y en las clases populares poco se había asimilado de las prácticas higiénicas y médicas¹⁷.

En la misma esfera del proceso medicalizador, el historiador Jorge Márquez Valderrama destaca la heterogeneidad de ese proceso en las primeras décadas del siglo XX. Frente a la idea común en la historiografía de la medicina, basada en una concepción unicausal de la enfermedad, Márquez Valderrama plantea que en el escenario de la medicina social es evidente la atención de los médicos y actores sociales a factores no propiamente biomédicos como otros desencadenantes de las enfermedades colectivas. Esa concepción etiológica multicausal hizo que "el dispositivo sanitario" se manifestara en una pluralidad de campos sociales y políticos. En su artículo, "La extensión de la medicalización al mundo rural antioqueño comienzos del siglo XX", Márquez explora la intervención médica en campos diferentes al de la higienización: creación de estadísticas vitales, producción de geografías médicas, consolidación y regularización del oficio de médico, asistencia médica a pobres y trabajadores, lucha contra el empirismo, experimentación en el terreno. La mirada de este historiador sobre el mundo rural es bastante novedosa en la historiografía colombiana y es precisamente en ese territorio poco explorado que rastrea otras dimensiones del proceso de medicalización.

Como se puede constatar en el texto del historiador Márquez, un tema que ocupó el horizonte médico a comienzos del siglo XX fue la consolidación y regulación del oficio médico y sus enfrentamientos entre la medicina y la terapéutica occidentales con otras artes de curar¹⁸. El de Márquez no fue el único artículo de la compilación que analizó procesos de legitimación o enfrentamientos de oficios o de profesiones. En la misma línea, se desarrollan los trabajos de los historiadores Mayerlis Rivera Seña en su artículo "Un caso de legitimación y construcción de autoridad: la curarina y el farmacéutico Henrique Luis Román 1884-1914" y Víctor García García en "Hábitos perniciosos y especialidades farmacéuticas: la legislación del medicamento en Colombia durante la primera mitad del siglo XX".

17. Wilmar Martínez Hincapié, "Lepra e invisibilidad social", 210.

18. Jorge Márquez Valderrama, "La extensión de la medicalización al mundo rural antioqueño a comienzos del siglo XX", en *Historia social y cultural de la salud*, 258.

El extenso y sugerente artículo de Rivera analiza, en la historia de la "Curarina Román", la construcción de la legitimidad y la autoridad de los farmaceutas y los laboratorios productores de medicamentos. En el texto de Rivera se perciben los esfuerzos por parte de laaciente industria farmacéutica por legitimar la exclusividad de la producción de medicamentos. La autora explora las estrategias de Henrique Luis Román, propietario de Laboratorios Román, para construir la autoridad del farmacéuta con el fin de evitar que los agentes tradicionales de salud, los boticarios y las industrias extranjeras produzcan un medicamento cuyos patente y derechos de explotación él posee legalmente. Se percibe en esos esfuerzos de legitimación la lucha entre los saberes de las comunidades locales y los saberes oficiales. Aunque la autora llama a menudo la atención sobre el anterior punto, un aspecto destacado de su texto es el análisis del proceso de afirmación de la autoridad médica en materia de medicamentos y el peso decisivo que tienen factores comerciales y políticos.

El artículo del historiador Víctor García completa perfectamente el itinerario iniciado por Rivera alrededor de la configuración de las especialidades farmacéuticas. El texto aborda, entre otros aspectos, la legislación farmacéutica colombiana del período 1914-1950. El autor destaca que hasta 1913 la legislación que cobijaba este sector era la misma que regía para toda clase de productos, mercancías e inventos. Con la reforma sanitaria de 1914 la cuestión de los medicamentos se tornó un asunto de higiene pública y el control se hizo más sistemático, sobre todo a partir de la formulación de la ley 11 de 1920 *sobre importación y venta de drogas que forman hábito pernicioso*¹⁹. Al respecto afirma García: "la legislación farmacéutica colombiana de la primera parte del siglo XX responde de modo considerable a las presiones internacionales y estuvo en buena parte determinada por el tema de la regulación de los narcóticos"²⁰.

Restan algunos comentarios sobre tres artículos, "Fragmentos para una historia epidemiológica y sociocultural de la Amazonía colombiana" de Augusto Javier Gómez López; "Superficies patológicas: dermatosis en el registro de la clínica en Colombia a finales del siglo XIX y comienzos del XX" de Hilderman Cardona Rodas, y "La 'Dama Española' visita a Boyacá, análisis histórico-epidemiológico de la pandemia de

19. Víctor García García, "Hábitos perniciosos y especialidades farmacéuticas: la legislación del medicamento en Colombia durante la primera mitad del siglo XX", en *Historia social y cultural de la salud*, 226.

20. Víctor García García, "Hábitos perniciosos", 229.

gripa de 1918-1919" de Juan Manuel Ospina Díaz y Abel Fernando Martínez Martín. Si en los anteriores, el hilo conductor son los procesos de medicalización de la sociedad y los de legitimación de la medicina frente a otros saberes y otras prácticas, estos tres artículos se destacan por asumir métodos interpretativos muy diferentes a los del resto de la compilación.

Augusto Javier Gómez López en sus "Fragmentos para una historia epidemiológica y sociocultural de la Amazónica colombiana" analiza una región poco investigada por los historiadores colombianos. En su trabajo sobresalen varios aspectos: en primer lugar, las imágenes de violencia, tortura y extinción de grupos indígenas. En segundo lugar, la emergencia de enfermedades como resultado de la presión sobre los grupos indígenas por parte de los colonos de la región Amazónica. En tercer lugar, las profundas y negativas transformaciones socioculturales originadas en ese contacto. Hay que decir que no se está frente al panfleto de un joven antropólogo sino ante el resultado de un experimentado investigador. Eso hace que las denuncias adquieran mucha más vigencia y que el lector no pueda evitar cierto malestar, sobre todo porque se trata de un texto que combina realidades pasadas y actuales.

En el caso de Cardona se trata de una exploración en el terreno tanto filosófico como epistemológico. Su análisis detallado de varios discursos dermatológicos acerca de los epitelomas, rinoescleromas y marranas lo conducen a plantear en tono deleuziano un complejo "diagrama epidérmico" configurado con los siguientes ejes: "lenguajes-cuerpo-piel" y "superficie-acontecimiento-plegamiento"²¹. El autor, haciendo eco del *Nacimiento de la clínica* de Foucault, rescata la problemática entre lo que se ve y lo que se dice, entre el material patológico con que cuenta el médico para su juicio y las interpretaciones diferenciales o las posiciones frente a los síntomas visibles.

Por su parte, en su artículo sobre la "Dama Española", Ospina y Martínez, muestran el inexplorado terreno de la epidemiología histórica. Los autores describen el impacto de la gripe española en Boyacá a partir del análisis de los registros de defunción de 41 municipios de los 103 existentes en ese departamento. Ospina y Martínez identifican las tasas de mortalidad por la epidemia, los períodos de recrudecimiento o la evaluación del riesgo, entre otros aspectos del orden cualitativo y cuantitativo. Ponen también en evidencia la incapacidad del gobierno para enfrentar la epidemia.

21. Hilderman Cardona Rodas, "Superficies patológicas: dermatosis en el registro de la clínica en Colombia a finales del siglo XIX y comienzos del XX", en *Historia social y cultural de la salud*, 110.

En ese sentido, rescatan las siguientes palabras, que bien valen para las dificultades descritas en el proceso de medicalización: "[...] el Gobierno sueña, la sociedad obra; la higiene duerme, la caridad vela [...] Sin embargo vivimos"²².

Óscar Gallo Vélez

Estudiante del Doctorado en Historia de la Universidad Federal de Santa

Catarina (Florianópolis, Brasil)

Dirección de contacto: oscargallovelez@gmail.com

22. Juan Manuel Ospina Díaz y Abel Fernando Martínez Martín, "La 'Dama Española' visita a Boyacá, análisis histórico-epidemiológico de la pandemia de gripe de 1918-1919", en *Historia social y cultural de la salud*, 280.